

ROUTE, hebdomadaire de la FIJL en France

Année VI Prix 12 frs. N° 185

Rédaction et Administration

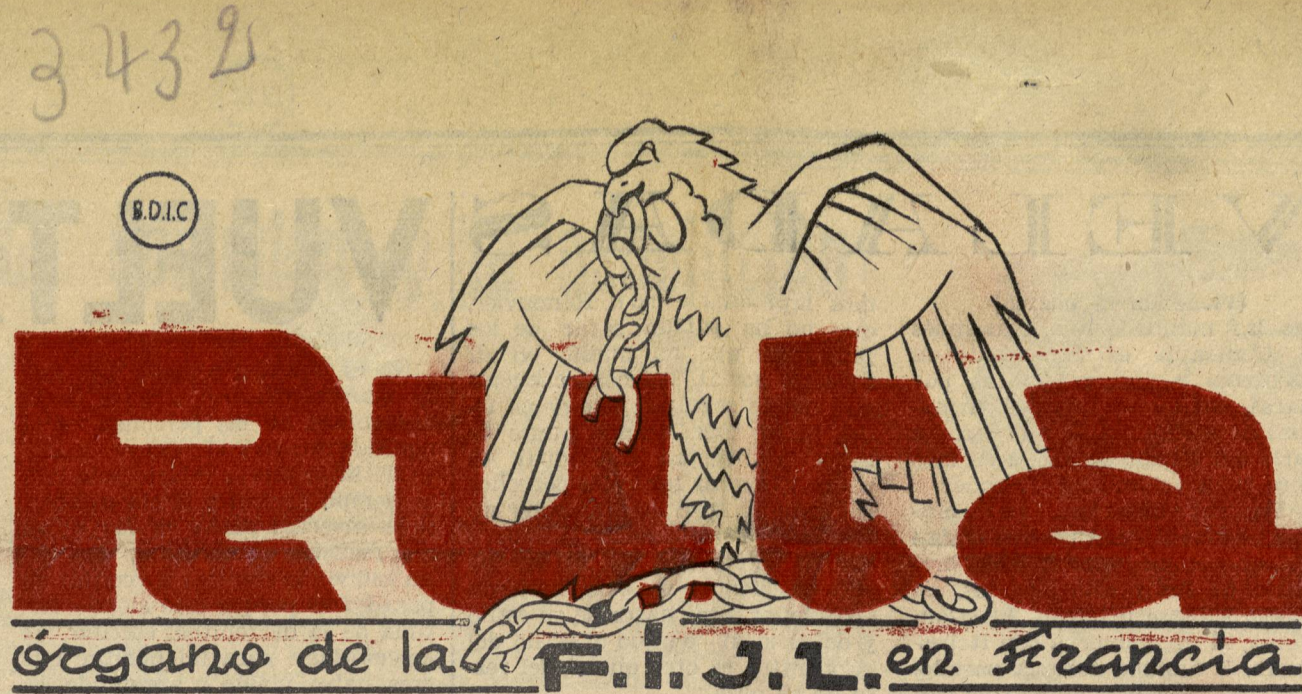
4, rue Belfort, Toulouse (Hte.-Gne.)

2 avril 1949

GIROS a PABLO BENAIGES

C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600



¡OBJETIVISMO, DOCTOR!

Un doctor comunizante hizo recientemente un viaje a Polonia. A su regreso, declaró a los periodistas:

"No sé si conseguire ser lo suficiente objetivo; pero no he podido explicarme todavía esa necesidad previa de crear campos de concentración y organizar servicios de policía especiales sin ocuparse, por falta de tiempo sin duda, de la salud pública y del bienestar del pueblo."

Editorial

Horizonte DE perros

Empezamos estas líneas con los ojos puestos en las cumbres del Oidipos inmortal, invocando el perdón del poeta por el atrevimiento—lindante en sacrilegio—de mezclar una imagen suya con el tema groseramente prosaico que pensamos acometer. Podríamos también disculparnos con la vista puesta en miles de canes no traídos a cuento, respetables ciudadanos a pesar de todo.

Y hechas las debidas salvedades, podemos ya levantar garrote contra el coro de mastines, podencos y luis falderos de la jauría comunista, más por el placer de soliviantarlos que por esperanza de imponer respeto a una tanda de dogos de opereta y sus lechones malcriados.

Prender otra cosa, soñar con el lujo de arremangar el hocico con la afilada puntera de nuestro zapato, sería hacer honor a quien tiene por norma ladrar a distancia, calculando cautamente el radio de acción de la honda.

No, no esperamos a tiro de nuestras espas a esos komsomoles dados al deporte de levantar la patita y regarnos el tiesto, amparados por la nocturnidad. Tendremos que quedarnos con las ganas y usar de la válvula de escape ya pronta a reventar de puro hinchada. Quiere decir que estamos hasta la rabanilla de tanta im-

pertinencia, y que gustosamente cederíamos el blanco a cuestiones más sustanciosas de no pasarse de raya los que la ignorancia cuando de vomitar difamaciones se trata.

Que duelen las verdades disparadas desde estas troneras con rebote en los cocos de los komsomoles? Pues a calarse la chichonera tocan, que a falta de escarmentar en propia cabeza buenos son los coscorrones.

En cuanto a la vuelta por pasiva de pretendidas carambolas, tendrán que convencerse de su esmirriada puntería los que aprendieron balística en los barracones de feria.

Pierde su tiempo la aludida fauna microbiana en su empeño de secarnos de los quicios. Y si el espectáculo es en honor de otras galerías, tanto peor para los cofrades de la cenerada. Nos tienta el presentimiento de que la ronda tiene por auditorio el vacío; que nadie es amante de aqularlar de brujas, con o sin plenilunio, a extramuros de la cortina de hierro.

Basta ya de serenatas, camaradas komsomoles. Dispersad vuestra charanga. Romped las melladas filas y ateneros a vuestro rito de misa y olla. No vale lo que os pagan tan intensiva jornada de merodeo a la luna de Moscú y al pie de nuestras murallas.

Microbios cósmicos, animales de fuego y fecundación interplanetaria

EN el suplemento dominical del «New York Times» se publicó la semana pasada un largo trabajo pseudo-científico sobre los planetas habitables en el sistema solar, sobre las probabilidades de colonización de esos globos estelares, sobre las posibilidades de la fuerza atómica para obligar a nuestra Tierra a viajar por los espacios siderales, etcétera, etc. La información venía de Londres, y hablaba de la constitución de una Sociedad Anónima destinada a estudiar y realizar, como primer paso, la conquista y la colonización de la Luna... en beneficio de Gran Bretaña, se sobreentiende. Como a mí me pareció que se trataba de una «vacilación», como dicen mis amigos mexicanos, tiré el periódico y no recordé más el asunto hasta hoy, porque en otra revista americana se trata del mismo, aunque desde distinto punto de vista.

En ese trabajo se rememoran hechos y afirmaciones de unos quince años atrás, cuando el comandante Seattle, sabio norteamericano, publicaba su libro de memorias relacionadas con las entonces ruidosas ascension estratosféricas. Coinciden sus conclusiones con las de los futuros colonizadores británicos de la Luna, Marte, Venus, Júpiter, etc. La vida de nuestro planeta puede muy bien haberse venido de otros. Está demostrado que ciertas células vivas, expuestas a la acción exterior en alturas enormes, bajo temperaturas frías, presión atmosférica terrible y acción constante de los rayos ultravioletas, continuaron desarrollándose normalmente, tanto durante la exposición exterior como después.

por A. SUX

Thieghem y Bonnier, profesores de la Sorbona de París, y el físico Arrhenius, premio Nobel de 1922. Los cosmozoarios son unos microbios capaces de fecundar los planetas muertos. En esto se basan los que intentarán colonizar a los planetas...

Contra esta teoría gritan otros sabios: argumentan que ello es imposible a causa de las temperaturas extremas, frías y cálidas, por las que deben atravesar esos pretendidos microbios fecundantes. Las experiencias de Seattle descartaron momentáneamente el argumento del frío; para el del calor existe la teoría del sabio alemán Preyer, vuelta a mencionar en Londres, la semana pasada, en

REBELDIA Y MANSEDUMBRE

Lo evidente y lo innegable. Pero para reconocer lo innegable es preciso, además de una buena salud psíquica, una educación libre que no dificulte las funciones del raciocinio.

Queremos relacionar esto con la actitud de los pueblos, ante las situaciones derivadas de la estructura económica y política, que rige hoy los destinos de la sociedad. Más que explicar nuestra rebeldía, deseamos explicarnos y explicar la mansedumbre y pasividad de la mayoría de los integrantes de los pueblos.

Los dioses del siglo veinte, que han quitado el cetro a Cristo e implantado el politeísmo, perfeccionan sus ministerios de educación o de deshumanización, la deshumanización del hombre, es la entrega de éste a la mansedumbre.

No es suficiente el trepidar de los cañones, ni que el trigo que se consume esté enrojecido con la sangre del hombre, ni que éste se bastardee. ¡No! La causa que será el germen de rebeldía de los pueblos, nacerá cuando nazca la comprensión de la evidente injusticia de estos actos. Pero entre el humano y esta comprensión, median las causas que hacen factible la mansedumbre.

El ateísmo político es perseguido de una manera indescriptiblemente mayor que el ateísmo religioso. Los nuevos dioses: capitalismo y Estado en Occidente, y la burocracia estatista staliniana en Oriente, sólo aceptan que el pueblo agite la incolora bandera de la mansedumbre.

El hombre cuando nace tiene más facilidades para ser libre que para ser esclavo, pero... la lógica consecuencia de esta inhumana, ya decrepita, organización de la sociedad, lo esclaviza. De esto se encarga el Estado.

Nosotros, anarcos rebeldes, anhelandos de poder vivir en una sociedad humana, ocupamos nuestro lugar en la avanzada rebelde de los pueblos, que sólo así han de llegar a la libertad.

Es difícil la libertad y amplitud de pensamiento en el que se ha educado bajo la rigidez absoluta de un dogma; el Estado estatiza al individuo, en la niñez, la adolescencia y la adultez; las religio-

Nuestra rebeldía propone: en vez de la explotación del hombre por el hombre, la libertad de organización en los medios de producción; ante la educación esclavizadora, una educación moderna y libre que no obstruya y ayude a formar en el hombre una personalidad para lograr en lugar de la mansedumbre castradora y deprimiente, una libertad creadora y vivificante.

ESCAPADA

El salido del trabajo temprano. Lucía el sol. Algo avanzado pero todavía tibio. Era, pues, temprano. He sentido deseos de andar a pesar de mi fatiga. Después de una jornada «vívida» en un ambiente irrespirable, entre montones de papeles garrapateados de cifras y anotaciones que no ofrecen otro interés que el del martirio de tenerlos que soportar, el ambiente de la calle es agradable.

La manera de expresarse en mi esta diferencia es algo un tanto difícil de explicar. Quizás sea porque yo siempre tiendo a complacarme las cosas. Casi todos los que se han preciado de conocerme me

lle el problema se plantea de forma netamente inversa. El radio del sol en la esquina de la puestia, me hace pensar en ese día de primavera que no he visto. Ni siquiera a través de una ventana. Mi recinto no tiene otro orificio que el de un armario repleto, desbordante de esos papeles que yo odio con toda mi alma, por el daño que me hacen. Un daño muy hondo. Yo mismo, sólo puedo percibirlo cuando cierro los ojos e invierto las niñas hacia adentro.

El bullicio tibio de la calle me pone alegre. Me siento compensado con todos esos transeúntes que se me cruzan o acompañan y que, seguramente, también se ha-

UN DRAMA SIN IMPORTANCIA

lo han dicho.

El caso es que la cosa se produce del siguiente modo. Cuando me encuentro en la oficina entre los compañeros de trabajo—la mayoría de ellos muchachos excelentes, pero que se empujan de continuo en hablar de cosas que no me interesan—, siento unos deseos inmensos de estar solo. Me abstraigo voluntariamente, en busca de esa soledad que, desde lo más profundo, el ser me está pidiendo a gritos. Involuntariamente, me encuentro de pronto hablando con ellos de esas mismas cosas que no me interesan, pero a las que no puedo abstraerme. Todas cuantas veces me empujan en «estar solo», se reproduce la misma conclusión. Al principio no acertaba a comprender. Ahora sí lo comprendo. Sumergido en esas conversaciones amorfas es donde hallo la verdadera soledad. La que necesito para soportar el ambiente que me rodea.

Cuando me encuentro en la ca-

lian liberados desde hace algunos minutos. Me gusta su compañía. Por eso ando con ellos un buen trecho, en lugar de tomar el metro y dirigirme directamente a mi habitación del hotel. Al marchar entre ellos, me siento más «en casa» que cuando estoy en ella. Los conozco a todos, aunque me los cruce por primera vez. A ellos debe ocurrírseles lo mismo. A no ser que sólo me ocurra a mí y a algún otro que como yo, según decía antes, se empuje también en complicar las cosas simples. Del mismo modo que un decapado de cristal convierte en mil reflejos un simple rayo de luz. En este caso mi aventura termina, asimismo, siempre del mismo modo: me siento solo. Me creía acompañado y me siento solo. Sólo dentro de mí mismo. A mis pensamientos y a mi nos envuelve una esfera de indiferencia que es la propia calle. También me ha costado algún tiempo comprender esto, pero al fin me he dado expli-

por J. Carmona Blanco

cación que me satisface. Al menos he conseguido calmar mi intranquilidad. Mi necesidad de compañía se resuelve en la que le prestan mis pensamientos. La calle es el ambiente propicio para provocar este estado de «compañía».

Hoy, como otras muchas veces, he llegado andando junto al Sena. Ese brazo de agua, deslizándose entre adoquines y cemento, tiene para mí un atractivo irresistible. Con tónica frecuencia se dice de él que constituye la arteria de la ciudad. Para mí, yo diría mejor que se trata del corazón, con un único e interminable movimiento de sistole. No tengo más que abandonarme al azar de mis pasos,

me avergüenza, al mostrarme una debilidad tan acusada. Siempre me voy con pena de dejarlos. Con gusto me los llevaría todos a mi habitación para poseerlos. Casi siempre también, debo conformarme con esa caricia furtiva. Hoy no ha sido así. Estoy muy contento. Me he llevado quinientas páginas irresistibles a cambio de dos papelititos solamente. Los libros del Sena son gente espléndida. Al fin y al cabo todo es papel impreso. Estoy convencido de que el que ellos me dan tiene, para ambos, un valor incomparablemente superior al mío. Hoy estoy seguro de haber visto una sombra de tristeza en los ojos del anciano, cuan-

Kropotkin-Malatesta

¿Existe un anarquismo científico?

VIII

«¿Qué es la voluntad en su esencia?—preguntaba Malatesta—. No lo sabemos. Pero, ¿sabemos acaso lo que son en su esencia la materia y la energía? Lo ignoramos. Esta nos parece la última palabra que pueda decir, al menos por ahora, una prudente filosofía. Pero nosotros queremos vivir una vida consciente y activa; y tal vez exige, a falta de conocimientos positivos, ciertas presunciones necesarias que pueden ser inconscientes, pero que están siempre en el ánimo de todos. Y la primera de estas suposiciones es la eficacia de la voluntad...»

Toda ciencia exige verdades demostradas o, por lo menos, admitidas. En los dominios científicos, a falta de demostraciones positivas, podemos permitirnos paréntesis dilatados de investigación previa a la formulación definitiva. Pero, ¿es esto aplicable a la vida del hombre?

Podemos recurrir a todas las prevenciones con anterioridad a la proclamación de un descubrimiento, el de un nuevo planeta por ejemplo. Nadie creería en nuestra sola palabra. La existencia oficial de un nuevo astro podrá esperar años, décadas y siglos. El astro no existirá ni se le ocurrirá al astrónomo impacientarse, clamar contra la incredulidad, escandalizarse y rasgarse las vestiduras a la vista del público. El astro en embrión puede esperar pacientemente la hora cero de su nacimiento científico y seguir todo el mundo los haceres de su vida normal como si aquél no existiera.

«Debe el hombre interrumpir su existencia, cerrar los ojos, negarse a respirar so pretexto de que la ciencia no ha revelado todavía el misterio de la vida y de la voluntad del hombre?»

«Debemos aguardar a que voluntaristas y deterministas consigan ponerse de acuerdo o cedan unos a los argumentos de los otros para decidimos a hacer uso de nuestra voluntad o para abandonarnos al capricho de las circunstancias y de los acontecimientos?»

«Pueden ser aplicados a la realidad-hombre los mismos métodos y la misma lógica racionalista que rige la investigación del mundo físico?»

Para empezar a vivir ningún ser esperó a tener conciencia—ni absoluta ni relativa—de lo que era la vida. Bastó una presunción sobreentendida para que las cosas tomaran realidad ante nuestros ojos. A este punto de partida llama Malatesta **presunción necesaria o principio activo**.

El principio activo por excelencia es la voluntad. No se puede ser anarquista ni revolucionario sin creer en el principio activo de la voluntad. La

libertad, razón de ser de nuestras ideas, carece de sentido lógico en el mismo instante en que negamos a la potencia determinativa y de propio movimiento; a partir del momento en que afirmamos el principio mecanicista de nuestras reacciones; en que nos acomodamos al reino de la fatalidad.

«La existencia de una voluntad capaz de producir efectos nuevos, inepuentes de las leyes mecánicas de la naturaleza, es una presunción necesaria para los que sostienen que es torzoso re-tornar la sociedad.»

Al hablarnos de presunciones, Malatesta ha querido evitarse toda tentación absolutista. La misma amplitud de criterio hizo que no rompiera radicalmente con el principio de causalidad que, al decir suyo, «responde anualmente a ciertas necesidades de nuestro intelecto y es guía segura en el estudio del mundo físico-químico.»

El problema reside en si es dable aplicar aquellos principios a las relaciones humanas. A este respecto, Malatesta remite al tiempo la solución científica, guardándose el mismo de un pronunciamiento categorico, prematuro y peligroso.

No fueron los conocimientos científicos quienes llevaron al hombre a concebir la justicia y a desear la libertad. Ante todo, la anarquía es un sentimiento, no una fórmula de laboratorio. La ciencia podrá decirnos mañana—o no nos dirá nunca—la última palabra. Antes de que naciera la ciencia los hombres se indignaban contra la injusticia y luchaban por la libertad. La ciencia no ha definido la libertad. El sentimiento de la justicia y el principio activo de la voluntad preceden a toda preocupación analítica y a todo rigorismo metódico. Se mueven en el mundo de las emociones y de los sentimientos.

El establecimiento de una ciencia social ha conducido a ciertos hombres a negar primero, para sacrificar después, el principio activo de la voluntad y la misma libertad. Los arrebatos de Lenin contra la libertad—«prejuicio pequeño-burgués»—no pueden ser achacables al solo vértigo del Poder. Se deducen plenamente de la dialéctica marxista, es decir, de la interpretación científica de los fenómenos sociales según la metodología aplicada al mundo físico-químico.

El capitalismo tiene, también, su dialéctica y su interpretación materialista de las realidades económicas a las que subordina todo escrípulo moral.

J. PEIRATS.

Cifras macabras

Diez millones de muertos es el coste aproximado de una guerra mundial por la libertad. Es el precio que el pueblo ruso ha pagado por la realización del primer plan quinquenal para la igualdad. Es asimismo el coste en hombres quemados, ahogados, estrangulados o martirizados—del triunfo de una religión, el cristianismo, el cual se proponía la fraternidad universal. Parecería que el hombre es incapaz de concebir una idea sin encarnarla en la ley feroz, en un despoza o en un dios. Voltaire, amigo de las cifras, ha hecho el recuento de las víctimas caídas «ad majorem dei gloriam», bajo el fanatismo cristiano, haciendo el recuento de nueve millones setecientos mil, tras haber reducido en un tercio las cifras de los historiadores. ¿Cuáles son estas cifras? La mayor parte de los autores autorizados son acordes en proclamar que las cruzadas costaron la vida a dos millones de cristianos y a otros tantos infieles. La Contra-Reforma a mano armada—las masacres de Flandes, Holanda, Alemania, Inglaterra, Irlanda, la de los Vandos, la de los Cévenols, la de los husitas, la noche de San Bartolomé, etc.—hizo perecer a muchos más cristianos que musulmanes cayeron bajo la cruzada; dos millones y medio entre protestantes y católicos según ligeras estimaciones. La inquisición italiana y española, en su primer entusiasmo juvenil, devoraron por su parte cien mil moros, judíos, «brujos», cismáticos y ateos. Según el Padre Las Casas, pueden calcularse en cinco millones los aborígenes de América inmolados en nombre de Cristo por sus conquistadores cristianos. Adjuntando a estas cifras las víctimas de la iglesia de Oriente, Voltaire obtuvo la cifra indicada de diez millones. Son partidas aparte aquellas matanzas en que la religión era el pretexto: guerras de Carlomagno, guerra de los treinta años, etc. Este resumen no ha sido todavía desmentido. Sin embargo, cabe añadir aquí el saldo fantástico de las víctimas del Estado.

El enigma del hombre

Precisiones sobre lo alegre y la alegría

Mucho se ha hablado sobre la obligación de ser alegre. Esto es, el deber de sentir alegría en la tristeza y reír en las lágrimas; el deber de negar las sombras y actuar como si en la oscuridad continuara encendida la llama; una llama que no está, que ha terminado, que se sabe extinguida. Se plantea así el pudor de la tristeza—¿avergonzarse de ella puede conducir a la alegría?—y se proclama el sagrado imperativo de la sonrisa: el hombre debe ver lo alegre, debe descubrirlo en cada drama, debe asmirarlo en cada suspiro.

Lo alegre, de esta manera, es el vacío erigido en dogma. Parecería que la humanidad no estuviera conforme con la cadena de deberes que la aplastan, y quisiera agregar nuevos eslabones por un extraño capricho de seguridad. El hay que reír—como el hay que llorar, confesemos—es el complemento ideal para que el hombre sea en verdad la perfecta máquina de cumplir decretos y digerir reglamentos: se le ordenarán las reacciones, se fabricará un temperamento standard—mediocre, naturalmente—; se clasificarán los sueños en licitos e ilícitos, castigándose estos últimos en virtud de psicoanálisis legislado y sancionado; se prohibirá la tragedia como peligrosa, la tristeza comunitaria a la seguridad colectiva; se llegará en fin al subhombre de movimientos metódicamente reflejos y previstos: el hombre del trabajo en cadena y la vida en cadena.

La alegría como regla es un absurdo y un error. Absurdo, porque confunde una aptitud con una ley; error porque pretende reemplazar la humanidad por una carcacha de opereta. Lo alegre hecho norma es la sonrisa hecha símbolo, el humor proclamado deber nacional; pero un humor sin sátira, codificado y ordenado por artículos e incisos, uniforme y monótono como un acompasado desfile marcial.

En el hay que reír empieza el fin. ¿Por qué poetizar la alegría—despoetizarla diría yo—, cuando

la alegría no es nada en sí misma? El optimismo no es siempre alegre, el pesimismo puede serlo o no serlo; ¿por qué entonces refugiarse en un concepto hueco y desprovisto de un sentido peculiar capaz de poseer hondura? El dogmatismo de lo alegre—gemelo del dogmatismo opuesto—involucra la desvalorización de un principio superior: la máscara es allí el fundamento de toda clasificación y todo valor; y la risa el único termómetro graduado para auscultar el individuo y la masa, la fuerza y la debilidad.

El camino real es otro. Ni la guerra a la alegría—que equivaldría en verdad al reinado artificial de la desesperación histórica o morbosa—, ni la apatía exterior en estrecho parentesco con el nirvana. La solución está en aceptar la diversidad, en rechazar de pleno lo homogéneo y lo uniforme, en reafirmar el axioma de que el hombre no es uno ni debe ser uno. Romper los moldes, las máscaras, la fabricación en serie de sonrisas y la producción disciplinada de lágrimas; hacer de la humanidad no un camino sino mil, no una igualdad sino una variedad continua y creciente.

En la fórmula de lo heterogéneo, común cabida tienen la alegría y la tristeza. El hombre es eso, un zig-zag infinito y creador; la línea recta es el corolario de la monotonía y la precursora del paso de ganso. La humanidad ríe y llora; hay una diversidad de grado—no de fondo—que se confunde a veces alcanzando una rara armonía; y el delito más grande del hombre sería escoger el deber inhumano de partir su vida en dos, mutilándose y mutilando la verdad.

¿Discontinuidad, caos, contradicción permanente? Tal vez, pero la plenitud de vivir por completo, íntegramente, cálidamente: la certeza de mirar el mundo sin antifaz, de reír con risas y llorar con lágrimas. Y la convicción firme, segura, de que el primer deber humano es conservar la humanidad.

R. Mejías Peña

VELADAS

(Viene de la cuarta) das las manos. Un año después el «Contrato» es comentado en las cañes y plazas públicas por Marat. En las escuelas es el manual de los alumnos. Una tercera parte del Estado se apoya en este libro para reivindicar el poder.

En sus discursos, los oradores de las Constituyentes se dan a citar pasajes enteros. Es el breviario de los revolucionarios, en donde éstos se inspiran. El «Contrato», al fin, gobierna con Robespierre. Y aunque parezca paradójico, ¿no pasa hoy, en ciertos países, cosa idéntica con el «Manifesto»?

Cien años después del «Contrato» se publica el «Manifesto». La «Jacquerie», siguiendo a los aspirantes a tiranuelos, como sigue el oso al saltimbanqui... hoy, con etiqueta diferente, el Jacques de ayer, hace el oso, porque entonces hizo el Jacques, ¿no?

Rousseau, con su «Contrato» encendió la lámpara que hizo ver el látigo al alcance de todas las manos. A la luz de su lámpara accionó el pueblo oprimido. El látigo cambió de manos: aristocracia, burguesía, reyes y cabezas de ratón debieron adaptarse al «Contrato» por el que el pueblo sentía placer en dejarse gobernar. Y cuando el «Contrato» palideció Marx lanzó el «Manifesto». Es el nuevo espejuelo con que encandilar al proletariado. Y es el Estado que acabará con el Estado. La fórmula de Rousseau, aun siendo del mismo retazo, tiene diferente forma. «Es el Estado—dice Juan Jacobo—quien debe determinar los derechos y deberes de cada uno.» Y, ¿cuáles son nuestros derechos y deberes? podríamos preguntarnos. No desesperemos. El Estado determinará sobre éstos. Nuestros deberes y derechos están condicionados a éste, como a éste lo está su propia existencia... Somos nosotros mismos quienes le hemos puesto el palo en las manos. ¡Dejémoslo pegar, que es con nuestro palo! Esa es mi opinión.

La que deduzco de la influencia del «Contrato» que comparo, para que veáis mejor, con el «Manifesto». De todas maneras, mi opinión no vale la de Jules Lemaitre, antes citada. Y, en el fondo, debe-

mos reprocharle con Renouvier, que no ha sabido sacar de sus principios que ha puesto en su filosofía social, las consecuencias que debían seguirse: éste debió tener como base, como punto de mira, la libertad individual, en vez de exagerar tanto los derechos del Estado. Pero Juan Jacobo sufrió serias influencias y feos y turbias protecciones. Influencias y protecciones que le hicieron abandonar, huir hasta de su estilo y de su ideal—porque el estilo del «Contrato» es otro que el del resto de su obra.

Juan Jacobo huyó de su vida misma. Y en Ermemouville, en la propiedad del marqués de Girardin, Jean Jacques murió misteriosamente en su soledad sin descanso el 2 de julio de 1778.

—Bien, muy bien, Leone. José Molina.

Libertarias del Gers

Este C. R. se ve obligado, vista la apatía por que atraviesa nuestro Movimiento, a dirigirnos a los jóvenes libertarios.

Cuando abrimos los ojos al mundo de los idealistas, ya muchas generaciones de luchadores abnegados nos habían legado páginas brillantes en la historia del anarquismo y de la revolución. Bakunin, Anselmo Lorenzo, Farga Pellicer, Tárrida del Marmol, etcétera, habían creado la Sección Española de la Internacional. Ya nuestra vieja Federación había dado vitalidad a nuestra poderosa C.N.T., dándole su orientación ideológica y táctica.

Cuando empezamos a luchar, la F.I.J.L. y la C.N.T. habían ganado victorias incommensurables, trazando a la esperanza una clase obrera el camino recto y espinoso en cuya meta se encuentra la única posibilidad de libre asociación.

Y al hacer memoria de nuestros hechos revolucionarios debemos sentir el orgullo del deber cumplido.

Por lo tanto, el Comité Regional juvenil del Gers, deseoso de sacudir la apatía que afecta a su militancia, impropia esa apatía del glorioso historial y nombre de nuestras organizaciones, envió a su debido tiempo una carta-circular al objeto de celebrar un pleno interdepartamental, indicando que se enviaran sugerencias para confeccionar el orden del día y fijar la fecha y lugar de su celebración.

Insistimos acerca de todas las FF. LL. y de sus militancias para que cooperen en esta iniciativa por el bien de nuestros ideales y en memoria de nuestros caídos en la lucha: los Raul, los Amador Franco y tantos otros anónimos no menos dignos y abnegados.

Se impone no abandonar la lucha hasta ver coronada nuestra obra, que ha de ser la obra de todos y cada uno de nosotros.

Por el C. R.—El secretario.

VUELTA al PASADO

No es novedad afirmar que uno de los síntomas reveladores de la ancianidad en las personas, es el que nos muestra el reverdecimiento de la memoria relacionada con el tiempo juvenil y hasta infante, y la invernal caída de las hojas del recuerdo inmediato; cuando un individuo empieza a «contar su pasado» es porque está siendo víctima de la decrepitud; escribir las «memorias», para un hombre que crea haber vivido y aprendido, es colocar la primera piedra a su monumento sepulcral. Esto que digo no admite discusión; el hecho es tan comprobado por la historia y la experiencia, que ha pasado a ser lugar común en la conversación cotidiana y popular. Nadie se ha fijado en los pequeños y numerosos brotes verdes que nacen al pie de los viejos árboles esqueléticos? En esos troncos rugosos y negros, terminados en ramas que parecen lineales, trazos balbucientes en el pizarrón del cielo, parece que se refugiara el símbolo de la Vejez.

Si admitimos como indiscutible signo decadente para el ser humano, ese fenómeno mnemotécnico que consiste en recordar con extraordinaria facilidad nombres, fechas y hechos pasados, cuanto más remoto; mejor, y retener con suma dificultad lo mismo cuando ello reside en la actualidad, debemos considerar igualmente cierto el hecho de que los pueblos dan

signos decaentes, decrepitos, cuando se placen en resucitar hombres, glorias, acontecimientos del lejano pasado, y a considerar sin importancia ni valía, los equivalentes del momento presente.

A pesar de los años que llevo en este país, mis nexos con Europa no se debilitaron ni interrumpieron; continuo recibiendo publicaciones y correspondencia de la mayor parte de los países que recorri dejando amistades, en ese viejo mundo que ahora me parece casi fantasmal cuando comparo la vida que fué allí con la que es ahora, y juntas con la existencia en este nuevo mundo que está rompiendo el cascarón desordenadamente.

Entre la correspondencia que me llega de Francia, de Italia, de Alemania misma, y de España, abundan las cartas evocadoras de «lo bien que se vivía entonces», y sin menciones a lo mal que se vive ahora; dan la impresión de traer perfumes de hojas secas y de estra escritas en papel ahumado. Parece que el drama actual de Europa, que es más terrible que el de la guerra porque en el acto final puede sucumbir hasta el apunador, no hiciera la más leve impresión. La necesidad imperiosa de buscar el alimento cotidiano, parece haber «animalizado» hasta los espíritus más selectos; la lucha por la vida del minuto es tan apremiante que no está al al-

cance de casi ninguno el lujo insólito de pensar. Los pocos que pueden regalarse con ello, han en vejecido de la noche a la mañana, como esas cabezas que una impresión tremenda cubre de nieve en pocas horas.

Los libros que se publican, y que tienen más éxito, son aquellos que reviven tiempos lejanos. En pocos meses me han llegado cinco, de Francia, y otros tantos de los demás, consagrados a contarnos historias medievales. Los últimos, que merecen citarse, son: «Argiles», de Zoe Oldenbourg, y el cuatro veces centenario «El reino de la Luna y los imperios del Sol», de Ciriaco de Bergerac, que muchísima gente conoce a través de la obra de Edmond Rostand como personaje literario, sin sospechar que existió y que fué genial. Simultáneamente la crítica habla de un grueso volumen de Américo Castro sobre el medievo español, que no he leído, coincidiendo toda ella en que es un alarde de erudición semejante al de Zoe Oldenbourg, y al mismo tiempo un esfuerzo apasionado para enaltecer, justificar y glorificar esa época de la historia occidental que siempre se nos presentó como una gran mancha sombría en la cual los monasterios hicieron, no de rendijas de luz en un muro negro, sino de arcones encerrados en el misterio de profundos sótanos. No es la primera vez que se intenta este gesto reivindicador de ese tiempo; en casi todos los idiomas occidentales se ha hecho desde poco antes de la primera guerra mundial la que para mí y para muchos observadores desapaionados, fué la primera manifestación explosiva de esa decrepitud continental; en España el mismo retortijón se sintió algunos años después, anunciando el ataque de gota de 1939, aún sin curar.

Sería cuestión ardua y larga estudiar el fenómeno de la brusca decrepitud occidental, a pesar de que le haya dedicado una famosa obra el alemán Spengler con su «Ocaso de Occidente». Ahora no se trata de la Sublime Puerta, que encarnaba en Abdul Hamid al «Hombre enfermo» de Europa, y cuya muerte esperaban las grandes potencias para distribuirse su herencia; ahora es una pobre anciana harapienta que vive en ruinas materiales y morales, condenada a la mendicidad internacional, hambrienta y sin esperanza, accechada por los imperialismos sobrevivientes, para borrarla del mapa y de la historia. El «Hombre enfermo» de Europa murió, pero las grandes potencias no pudieron repartirse sus despojos porque el pueblo turco supo y pudo rejuvenecerse a tiempo y realmente. En el caso de Europa, tal vez de todo el Occidente cristiano democrático y capitalista, no es posible prescindir de una terrible interrogante porque el porvenir del mundo se jugará sobre el remendado tapete europeo que, por lo que hemos comentado, no hay manera de renovarlo.—A. S.

Personajes de un libro que no se escribirá

EVA

Eva era mujer liviana. Liviana de cuerpo, de alma, liviana de bondad y perversión. Con el orgullo tranquilo de saberse adorada y el orgullo exaltado de saberse apetecida; no gratuitamente, es verdad —Eva prefería la venta al regalo—, sino a cambio de una recompensa regia y magnánima.

Y, sin embargo, Eva era capaz de darse. Era capaz de no pretender la recompensa y conformarse con la sonrisa, conformarse con la imposibilidad de recompensa. No muy a menudo, digámoslo—el trabajo exige un salario y su trabajo era ese—, pero siempre que estuviera lo suficientemente sola como para temer la soledad; porque el darse era una forma de romper la corteza y asomarse al mundo de los hombres.

Afortunadamente para ella, los hombres no sospechaban nada. Eva hacia lo posible para que no sospecharan y lo imposible para continuar siendo liviana; al fin y al cabo, estaba condenada a no ser ella, o a serlo secretamente y con hipocresía. Porque sin esa simulación hubiera fracasado su método de lucha, convirtiéndose la venta en el regalo improductivo.

El hecho cierto es que había dos Evas. La Eva de exhibición y de galería, artista consumada para calcular el valor de una caricia y la cotización de una entrega, y la Eva pequeña y ruborosa—sí, una Eva adolescente que se ruborizaba—, con la mística de los besos ingenuos y la eterna virginidad; una colegiala que se avergonzaba del goce exagerado, conservando en medio del placer la castidad de la primera noche nupcial.

Pero la Eva pequeña no se animaba muchas veces a romper la corteza. Su gemela velaba para impedirlo y evitaba desvalorizar las cotizaciones de la bolsa: ¿qué hubiera sido de ella transformándose en el mercado oficial en intercambio libre y directo? No; había que evitar eso a toda costa; había que evitarlo aunque la otra Eva perdiera su perenne virginidad y su capacidad de ruborizarse. Y aunque la primera noche fuera sólo un recuerdo lejano y ridículo, borroso y lleno de cursilería.

Eva era una mujer liviana. Por eso Eva seguía siendo una mujer liviana.

M. P.

EL ORADOR y la CULTURA

RARAMENTE podemos oír hoy a oradores que ocupen la tribuna con aunos de enseñar. Con deseos leales de ser útiles a quienes les escuchan. Más bien nos es dado constatar como los tribunos actuales se hallan fatalmente impregnados de los tópicos y falsas concepciones de la frenética época en que vivimos.

El patetismo demagógico, la arenga inflamada y la retórica floreada, son el plato fuerte que nos sirven, a cada paso, los declamadores del día.

Es evidente que el arte de hablar no siempre es concebible en tono moderado y pasible. Pero sí podemos decir que la excesiva fogosidad y el desparpajo a tambor batiente, sólo tienen su razón de ser en ciertas épocas y momentos de la vida.

Un divulgador consciente, apóstol de su idea, no recurre, si no es excepcionalmente, a los procedimientos estentóreos, a la exaltación sistemática. Por el contrario, su elocuencia, compuesta de sentimiento y razón, no es simplemente impresionable, fugaz, sino que despierta el deseo de emancipación, invita a recapacitar y no al ciego apasionamiento.

La oratoria constituye, sin duda, un medio de difundir la cultura. Tal se desprende del ciclo histórico (antes de que Grecia cayera bajo la dominación absoluta de Alejandro) en que los grandes oradores atenienses de Pericles a Demostenes, vivificaron, llegando a consolidar, las nuevas ideas que en su tiempo entraron en fermentación. También la oratoria es un excelente medio para influenciar en la cosa pública. Pero, precisamente por representar un medio tan valioso y eficaz, es necesario que cada orador sea, ante todo, culto o que, por lo menos tenga noción precisa de cuanto dice y de la forma correcta en que ha de exponerlo.

Ciertamente, por tan fundamental motivo, la práctica de la oratoria necesita un largo aprendizaje. Como toda consecución de no importa qué empresa digna. No obstante, se repite con excesiva frecuencia, que el orador ha de ser innato. Lo que constituye un error. Sucede en esto, como en las demás ramas de la ciencia; y en la medicina, por ejemplo. No a todos les será posible escalar las cimas que alcanzó Ramón y Cajal, pero provistos de la suficiente, yo-

Directeur-Gérant: VICENTE JOSEPH Imprimerie du Sud-Ouest 6, RUE Ste-URSULE

luntad e interés, generalmente, a los que les sea posible estudiar, pueden llegar a practicar, honrosamente, la profesión médica u otro oficio escogido a su elección.

Lo que sí es ineluctablemente axiomático, es que sin elevación moral, sin una previa capacitación cultural, sin amor a las artes y a la filosofía, no solamente no se puede ser orador sino que jamás se puede llegar a ser nada útil ni meritorio en la vida.

Así, pues, yo creo que el mejor itinerario que puede seguir todo joven o todo compañero aspirante a ser provechoso por medio de la oratoria al ideal sustentado, es estudiando con ahínco, haciendo acoplo de los más diversos conocimientos, reforzando su carácter y practicando la moral anarquista en todo momento.

Por lo demás, me atrevería a señalar que las nociones más elementales en el arte inicial de la oratoria pueden resumirse así: Asistir, con cuanta frecuencia sea posible, a asambleas, mítines o conferencias al efecto de coger lo bueno y desechar lo malo en la disertación de los que intervienen

en esta clase de actos y por que, además, se aprende a hablar oyendo; en nuestras primeras intervenciones, ser lacónicos y precisos; nada de escribir ni aprender de memoria, lo que se ha de decir, conocer a fondo el tema a tratar, estar íntimamente convencido de lo que se ha de decir—esto es condición «sine qua non»—; ordenar previamente, por medio de unos lacónicos apuntes la pequeña o grande intervención en prospectiva; pues, el azar es desaconsejable; expresarse lo más correctamente posible del punto de vista gramatical y, en fin, usar de la simplicidad y precisión ya que toda frase traída por los cabellos es siempre detestable.

Partiendo de estas sencillas premisas, es posible llegar a expresarse correctamente en público; puede ser posible, también, alcanzar el rango de buen orador; es factible ensanchar nuestra base cultural y, sobre todo, se puede estar seguro de no incurrir en los insospechados derroteros del ridículo, cual un eterno «Ayax clamando al cielo».

Casto Ballesta.

La escuela y su función social

El cine y la escuela

Por José TAPIA

V

He aquí el complemento necesario que se impone para la escuela en esta época de gran vivencia exterior y dispada. Pero el cine no tomado en su solo aspecto espectacular y recreativo, sino en el fuertemente informador y educativo que por derecho propio le corresponde.

No se nos ocultan las serias dificultades que se opondrán a nuestra petición atrevida, pero seguros del resultado que podría obtenerse no renunciaremos a la idea de acomodar al cine como el gran auxiliar en la educación del pueblo y el posible factor determinante de un profundo cambio de costumbres.

Dotada la escuela del aparato de proyecciones, corresponde a las organizaciones locales, regionales y nacionales la formación de selectas y abundantes filmáticas con películas documentales sobre la vida de la naturaleza; las grandes industrias transformadoras de las primeras materias; los transportes, las transformaciones

verificadas en la naturaleza por el hombre y en beneficio de la humanidad; las bellezas de nuestro planeta.

Asimismo deben seleccionarse obras fundamentalmente sociales y aquellas que muestran los grandes contrastes de vida social y humana según los países y razas que los pueblan. El empleo de la máquina en agricultura y en la industria con las enormes ventajas que su utilización racional acarrea y podría acarrear a la humanidad, nadie mejor que el cine puede ponerlo en evidencia.

Los programas podrían hacerse circulares disminuyendo considerablemente los gastos de transporte y ellos deberán ir acompañados de breves historias y noticias explicativas o críticas documentadas cuando el interés o la importancia del asunto lo requiera.

Seguidas esas sesiones cinematográficas de ejercicios de reducción, charlas explicativas y de sana crítica, o de sencillas conferencias según los casos y condiciones de los asistentes, lo obra sería perfecta y de frutos abundantes.

En los siglos XVIII y XIX, cuando el progreso intelectual científico y técnico, los actos de libertad y las revoluciones se sucedían y sabían vencer a los restos de la reacción; cuando a los enciclopedistas sigue la libertad política de la América del Norte, el 1789 y la Revolución francesa, la edad del liberalismo y de la ciencia, el 1830-1848 y los años comprendidos entre 1860 a 1871, de Darwin, la Internacional a la Commune de París y los años de relativa renovación de 1880 a 1895, en estos cien años, y más aún, el socialismo y la organización entraron en plena luz y se pudo desarrollar en una esfera que les fué hostil, ciertamente, pero que les facilitó tales medios de desenvolvimiento que hoy, en este desdichado siglo XX, tan mezquino y adverso, se les niega de tantas maneras. Las favorables condiciones condujeron a socialistas y organizadores al ilusionismo de la conquista del Estado y del Poder político mediante el parlamentarismo. Otra ilusión consistió en querer adueñarse del capitalismo arrancándole sucesivas concesiones por acción directa o procedimientos legislativos obreros. Así fué cómo nació el socialismo político y el reformismo sindical.

El Estado y el capitalismo dejaron proseguir el avance a aquellas fuerzas hasta que llegaron a cierto límite, hasta que dijeron aquellos ingenuos socialistas: «Cuando tengamos la mitad más una de las acts parlamentarias, representaremos y seremos el Estado, votaremos un impuesto del 99 por ciento de la renta y así seremos dueños del capital.»

El Estado y el capitalismo les dejaron gobernar uniéndose en coalición con ellos; incluso toleraron gobiernos enteros socialistas o laboristas. Pero ya se sabe que estos socialistas gubernamentales fueron siempre impotentes, cautivos de partidos burgueses o sus menores o tutelados. El fascismo puso fin a aquel poder socialista tan compartido y basado en la paleta electoral. Quedaron desgarradas las constituciones, se inutilizaron los parlamentos y el fascismo dictó su propia ley.

Los socialistas que tienen verdaderas aspiraciones libertarias y las asociaciones de trabajadores verdaderamente revolucionarios, se abstuvieron de todo contacto con el Estado y el capital y también de toda transacción con ellos, aunque hizo difícil la relación entre aquellos trabajadores de aspiraciones libertarias y el resto del proletariado.

Dicho lo que antecede, es justo salvar la excepción de España. La asociación y el federalismo prepararon a los trabajadores durante un largo espacio de tiempo me-



grandes rasgos, al período de tiempo que media entre 1877 y 1896. Los otros advirtieron la falta de éxito uniéndose a los sindicatos en Francia y creyendo triunfar al principio, en tiempo de Pelloutier y Pouget, culminando posteriormente Jouxhaux. Hablo de los años 1894-1914 en Francia.

La intransigencia no puede superar o vencer el aislamiento y la transigencia desemboca en la completa anulación. Raramente se estableció el contacto con las masas. Sólo una o dos veces en Italia cuando Malatesta; y en España en diversas ocasiones culminantes. España es el único país donde aquel contacto tuvo carácter permanente por las razones apuntadas.

Pero los resultados no son muy halagüeños. Una idea tan amplia, generosa y fértil como la de la vida social con máxima solidaridad y libertad—tal fué la intención inicial de los primeros socialistas y tal es la de los anarquistas actuales—no puede desaparecer por la debilidad de quienes la han transformado en gubernamentalismo reformista; tampoco puede depender del éxito aleatorio y circunstancial de la acción violenta aunque ésta sea valerosa porque la inercia o la hostilidad de la mayoría malogra el pronóstico. Tampoco puede depender de



La tenaza, o la inocencia del demonio

El cura de cierto pueblo aragonés y oscense por añadidura, gozaba merecida fama de hombre cabal, campechano y de afortunado cazador. Tenía fe en la copla que dice:

No son todos cazadores los que por el monte van; unos cazan las perdices y otros las hijas de Adán.

Jugador de guñote en los ratos de ocio de sus contrincantes, pues él oía todos los días, alternaba en la taberna con el estado llano, donde lindamente tragaba un jarro de tinto o clarete, cual el más sediento labriego de su feilería. Estos contactos con la «plebe» no se impedían aceptar la invitación chocolatesca y abizcochada en la mansión señorial del primer propietario.

Como costumbre heredada, de su casa y persona cuidaba una viuda que cabalgaba en sus ya cumplidos cuarenta años, algo bigotuda y posaderas sobrepasando la más benévola estética. Aunque Filomena fuese su nombre, todos y todas la llamaban la casera.

La herrera del pueblo, sin otra razón que la de haber esposado al herrero, era menos bigotuda pero un poco más avispada que la casera. Ambas eran antiguas y buenas amigas; así lo creía la herrera, como creía que esa amistad obligaba a no guardarse secreto alguno.

En una soleada tarde que las amigas la disfrutaban haciendo calceta, la herrera, con aire misterioso, dijo:

—¿M'han dicho una cosa mu grande...
—¿Cuál cosa?
—Es de tú y el cura.
—¿Qué t'han dicho pues?
—Yo no lo quí crer; pero lo hi senti en el horno y en el lavadero.
—No me safoques más y gomi-

tamelo todo; lo que dicen y lo que sepa.

—T'advierto que yo no lo creo... Dicen que tú y el cura dormís juntos.

—¿Santo Dios qué infundio! Quisiera saber quién es l'alcañeta lengua larga que levanta esa injuria a mi dignidad y a la del mosén. Más le valdría cuidarse de su casa, la trapacera que haya dicho eso. ¿San Antonio bendito! Un santo como los del cielo es el cura en casa. En cinco años que vivo con él, puo jurar que no m'ha tocáu un pelo...

—Buena puntería, rediós...
—Mujer... quiero decir que no m'ha puesto la mano encima.

—Yo te creo, pero la gente es mu mala. ¿No te acuerdas que l'año pasau se corrió que yo me las entienda con l'alguacil?

—Sí, pero una miaja de trapicheo sí que lo tuvistes.

Aprovechando una breve ausencia de la casera, la herrera se introdujo furtivamente en la casa rectoral y de la cocina cogió la tenaza que, presurosa, escondió bajo las sábanas de la cama destinada a la casera, pues dicho sea en honor de la verdad, dos camas había en la casa sacerdotal.

Vuelta a su casa, la herrera no tardó en recibir la visita de la indignada ama del cura, que le dijo:

—¿Qué cabeza la mía! No puo acordarme ande hi puesto la tenaza; por toda la casa la busco y no doy con ella.

—Has mirau en el corral, en la pileta de las gallinas, en...
—Hi regüelto toa la casa y no l'alcuentro. ¿Paice cosa del demonio!

—No t'apures, mujer; a lo mejor salen d'ande menos te piensas...
—La taimada herrera dejó transcurrir tres días con sus noches, preguntando a diario por la escarriada tenaza. Y ya en el cuarto día y en ocasión de la inveterada visita matinal, renovó la herrera la pregunta sobre la incógnita tenaza.

—M'hi güelto loca y no las hallo.
—Amos a buscarlas; yo t'ayudaré.

Revolvieron con tanto interés cual el más redomado agente de embargo, sin dar con la tenaza trastocada. Por fin, subieron a la habitación y, ante la cama de la casera, dijo la herrera:

—¿Has mirau en la cama?
—¿Qué cosas tienes, mujer!

—La herrera, metiendo la mano entre las blancas sábanas sacó la tenaza, diciendo a su amiga:

—¿Dónde has dormido estas noches, que no las habías visto?
—Ya decía yo que era cosa del demonio.—E. Régne

Rieurtord.

A. SUX.

La sociedad y la asociación

No es un juego de palabras ni una confusión de términos. No es una interpretación caprichosa, sino la manera de interpretar el concepto de asociación y el de sociedad. Esta es el conjunto de hombres, de familias, pueblos o naciones de diferentes ideas, actividades, etc., que viven sujetos a unas leyes más o menos elásticas dentro de un ambiente costumbrista y tradicional, donde la libertad del individuo está sujeta a cambios convencionales del total, abstrayéndose todo aquello que libremente podría ejecutar.

Cuando hablamos de sociedad, no determinamos si el Nombre pertenece a tal o cual filiación política, religiosa o social, porque no da lugar a ello, puesto que todos nos debemos al todo, es decir, a la sociedad, a esa relación que la vida nos impone como mandato recíproco entre los seres que la forman. Sabemos que no podemos prescindir de su influencia, pero de esto a confundirla con la asociación media un gran trecho:

Asociación no es lo mismo que sociedad; es más moral y equitativa, más justa y fuerte; más mutualista y abnegada. Une a los hombres que piensan y actúan lo mismo. Los selecciona por simpatía, afinidad y carácter a una cosa, a una idea y, como resultado de todo eso nace lo que podríamos llamar el compañerismo, que es amistad, reciprocidad e igualdad en derechos y deberes, mancomunando sus esfuerzos a un fin determinado.

Asociarse por sentimiento y voluntad, por pensamiento y acción, poca relación guarda con los seres que viven y se desarrollan sin otros sentimientos ni otra voluntad que los que la sociedad establece para su desenvolvimiento.

Corral desplumado

No se trata de un chiste vulgar, sino de un hecho real acaecido hace algún tiempo y del cual pueden dar fe las costillas de los que han pasado, después del hecho, por la Comisaría general de Policía de Lérida.

Se trata, pues, de que en tocos los interrogatorios a que eran sometidos los detenidos por los sabuesos de dicha Comisaría se les instaba a que declarasen si eran o conocían a los autores de la desaparición misteriosa de las gallinas del gallinero que en su propiedad tiene el gobernador de la capital del Segre.

Lo cierto es que, por lo visto, varios sujetos adiestrados entre los ejércitos de Franco en el asalto de corrales y demás, viendo que el señor gobernador estaba bien provisto, convinieron en darle el consiguiente asalto, dejándolo limpio... es decir, no del todo, ya que dejaron al gallo con un letrero colgado del cuello que decía: «Desde la una de la madrugada estoy viudo».—Uno.

Se puede ser sociable, muy sociable, pero no «asociacionista», porque de ser esto último, renegaría de la sociedad al verla convertida en un receptáculo de inmoralidades sin cuento en donde campea la razón de la fuerza y el más abyecto de los pauperismos. La diferencia, se quiera o no, se destaca grandemente del sentir general de la muchedumbre porque está investida de poderes que escapan a las concepciones que aquella ha establecido como medio de su defensa.

No en vano se quieren invertir los valores de ambas, fundirlos en el valor (sociedad) propagando extensa e intensamente este valor con la premeditada intención de anular el otro; pero este otro que es en calidad muy superior, cuando actúa, elimina a aquél, si no totalmente, porque esto es casi imposible, si parcialmente; lo que demuestra que la colectividad de la asociación está por encima de la sociedad, aunque a ésta se deba por formar parte del todo, pero no por otra causa o motivo.

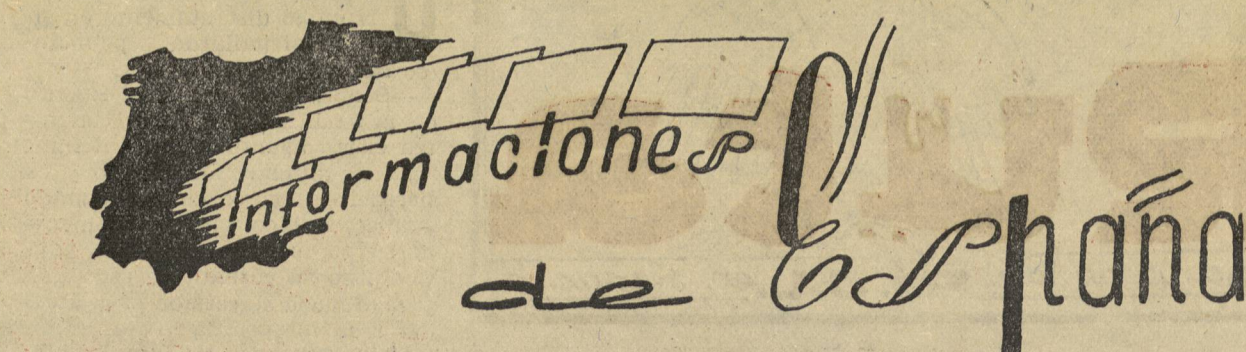
El hombre es un animal que se distingue de los otros porque está dotado a más del instinto, del raciocinio; pero también por esta distinción que le caracteriza como tal, es el más peligroso de todos; obra por medio del cálculo y pone en todos sus actos el interés particular, no el general. Si agregamos a esta condición ingénita del ser la objeción preliminar de su existencia como base de su futura actuación, aduciendo motivos y razones de índole puramente material, tropezamos en seguida con una oposición cerrada y tenaz a cuanto signifique necesidad transformadora de la sociedad. Median en ese cambio grandes cantidades de intereses creados que son los que mandan en él y, por lo tanto, a esos intereses se debe, o sea a los de la sociedad, no a los de la asociación, porque si a ella se debiera, lo suyo sería de todos y lo de todos suyo también.

MINGO.

LA TORMENTA RONDANTE DE LA CRISIS

El «Times», de Nueva York, escribió en su edición del 23 de enero que una encuesta efectuada por sus corresponsales a través de todo el país revela el incremento del paro obrero. Se ha podido notar en el curso de los últimos meses un agravante que oscila entre el 10 y el 100 por 100 con relación al año anterior y en la misma época. Los centros más afectados son la Nueva Inglaterra, el Estado de Nueva York, el de Nueva Jersey y del medio Oeste. Es decir, los centros industriales.

Las oficinas de estadística de las centrales sindicales son todavía más categóricas en sus declaraciones. Dicen éstas que en el último otoño «el número de parados en los EE. UU. era el de un millón 600.000; que esta cifra ha sido aumentada en 750.000 durante los tres meses de invierno y que al-



(De nuestros corresponsales en el Interior)

LAS ESTATUAS

Una estatua de escayola dura muy poco. De barro cocido mucho más, si no la rompe un golpe. De piedra, según la naturaleza y textura del material. Las más duraderas, desafiadoras de los siglos, son las de bronce.

Pero no sólo destruyen las estatuas los agentes atmosféricos y los golpes fortuitos. También las aniquilan las pasiones de los hombres. Porque una estatua no es sólo la reproducción de los contornos de una persona, ni tampoco nada más que una obra de arte. Una estatua es, sobre todo, un símbolo y la humanidad es tan estúpida que concede a los símbolos extraordinaria importancia.

Por eso es una lástima malgastar bronce en estatuas que, por lo que simbolizan, están fatalmente destinadas a pronta destrucción. Y menos mal el gasto en bronce, porque, destruida la estatua, el bronce subsiste y puede ser empleado en fundir otra o en fabricar el sumidero de una cloaca, ya que lo único que desaparece es la forma y lo único malgastado es el trabajo del artista y de los fundidores.

No piensan así los falangistas cegados por su espíritu de adulación. Zaragoza ha hecho fundir en bronce una estatua ecuestre de Franco para que luzca las afeminadas líneas del caudillo en la Academia militar.

En cuanto al material lastimo-

samente empleado en tan ridícula fundición, supongo que procederá de la calderilla retirada de la circulación. También los leones que guardan la puerta del Congreso de los Diputados fueron fundidos con las «parrallas» y los ochavos precedentes de la indemnización de Marruecos, aunque quisieron engañarnos con la patraña de que era bronce procedente de los cañones que le arrebató heroicamente don Juan Prim.

Lástima de inspiración del escultor, tan mal empleada. Lástima del sudor de los obreros que han

fundido la estatua. Lástima, sobre todo, del carbón consumido en los cubiletes para fundir el bronce. No creo que tarde mucho en llegar el día que exija un nuevo gasto de carbón en volver a fundirlo, aniquilada la estatua, aunque el modelo logre escapar por el aire a la Argentina.

En cuanto al escultor, sospecho que ha gastado un trabajo excesivo después de plasmar la figura del caballo. ¿El caballo no es un bruto? Entonces, para representar al generalísimo, no hacía falta nada más.—Corresponsal.

Festival en Lyon

Una vez más ha puesto de manifiesto el Grupo artístico de Lyon «Tierra y Libertad» sus innegables cualidades de amor al arte. Nos ha deleitado con una de las muchas obras sociales que cuenta en su repertorio.

El domingo día 6 de los corrientes fué puesta en escena y desarrollada con gran maestría por parte de todos los artistas, la obra social «La luz frente a las tinieblas».

La compañera Juanita, en su papel de primera artista, tuvo ocasión de dar amplia expansión a su espíritu joven y entusiasta.

José Manuel, no menos entusiasta, supo desarrollar con tesón el papel del joven revolucionario que ni las privaciones ni las humillaciones le hacen detener en su marcha hacia un mañana preñado de amor y libertad.

¿Y qué diremos de la compañera Concha? Desempeñó el papel del dominio que le es habitual. La veterania en la lucha y al servicio del Grupo artístico, hizo que sus intervenciones fuesen de una precisión remarcable. No menos preciso estuvo el compañero Hernández en su delicado papel de «cura».

Magnífico conjunto el de todos los artistas. Deliciosa velada artística para los españoles residentes en Lyon que asistimos a la misma, amenizada ésta con el valioso concurso de la orquesta del Grupo.

El secretario de la Federación Local de J.J. LL. de Lyon, aprovechando el ambiente, hizo un llamamiento a todos los jóvenes, invitándoles a proseguir la lucha en pro de la causa obrera. También señaló que en nuestro local social, 286, Cours Emile Zola, disponemos de una copiosa biblioteca, asegurando una permanencia todos los domingos, de 9 a 12 de la mañana, donde se puede adquirir nuestra Prensa, folletos y libros. Material muy precioso para aumentar nuestro reducido bagaje de cultura social.

También se procedió al sorteo de la rifa que esta Federación Local tenía organizada, resultando como números premiados los siguientes: 745 512 679 132 678 990 y 796. Se repartieron gran cantidad de ejemplares de RUTA; se vendieron folletos y libros. Las Juventudes Libertarias, prosiguiendo su obra propagandística, desplegaron gran actividad, recordando asimismo que RUTA tenía una suscripción abierta, a cuyo objeto se hizo una colecta, cuyo resultado se dará en estas mismas columnas al cerrar la suscripción, en el próximo festival que deberá celebrarse el día 20 del 3 del 49 en la misma sala y con el concurso de los conocidos artistas Palmira y Asensio, además de los ya mencionados.

Después de recitarnos algunas poesías, terminó el acto con el gracioso juguete cómico «¿Qué escán-

dalo!» Tanto Lidia y Juanico, así como los demás artistas, estuvieron en su verdadero ambiente.

Es de esperar que la próxima fiesta del día 20 de los corrientes, en la sala «Etienne Dollet» vendrá a ratificar la impresión sacada de vuestra última función.—Espectador.

De Administración

Giros recibidos en el periodo del 14 al 19 de marzo 1949:

Lavilla, de Reumont, 460; Buldain, de Lille, 836; Palazon, de Hyeres, 150; López de St-Chely d'Apcher, 860; Pobeda, de Luc-sur-Mer, 360; Villa, de Caunes Minervois, 192; Tolino, de Labruguière, 526; Mene, de La Grand Combe, 345; Tomás, de Rodez, 360; Ballesta, de Paraza, 342; Navarro, de Barbey, 2.552; Laton, de La Conillerie, 616; Vicente, de Cherbourg, 1.200; Isart de Plan, de Meureuil, 600; Capopey, de Perols, 150; López de Miramas, 360; Verdu, de Commentry, 225; Mesales, de Nîmes, 1.425; Vals, de Carcassonne, 624; Monteiro, de Oloron Ete-Marie, 288; Cobos, de Laguerie, 134; Andreu, de Carmaux, 1.500. Total francos, 14.117.

Obdulio Garcia, de Greas.—El giro que señalas en tu carta del 13 no ha sido recibido.

Mariano Vila, de Caunes Minervois.—El giro que no ha sido recibido es el de fecha 28-12-48 y corresponde al pago de los números 163 al 168.

Vicente Ortuño, de Thezan.—De acuerdo con lo que señalas en tu carta del 11. Al corriente hasta el número 181.

Ramón Serrate, de Jainville.—Gracias por tu interés. Reclamamos a la administración de P.M.T., ya que no hemos recibido aviso de haberse efectuado el crédito a nuestra C.C.

Luis Lizán, de Thuir.—El giro que señalas fecha 9-2-49 no ha sido recibido. Debes reclamarlo.

J. Aguilar, de Le Tuel Campagne.—Tu giro del 9-2-49 no ha llegado a nuestro poder. Debes reclamarlo a la Administración de Correos.

J. Llovet, de Caillon.—No hemos recibido todavía ninguno de los dos giros. Pasaremos a Soli, el que nos indicas, cuando obre en nuestro poder.

Agustín Isart, de Plan de Meureuil.—Contrariamente a lo que nos indicas al dorso de tu giro, en tu ficha no figuran como pagados los números 173 al 177.

Manuel Valls, de Carcassonne.—Recibido giro. Falta liquidar los números 173 al 173.

M. L. E. - C. N. T. EN TOULOUSE

Se convoca a todos los compañeros afiliados a esta Federación Local a la Asamblea general que tendrá lugar el día 10 de abril, a las nueve de la noche, en el local del Cours-Dillon.

Dada la importancia de los asuntos a tratar, se ruega la máxima asistencia de compañeros.

Por la Federación Local de Toulouse.—El secretario.

Nuestra C-C Postal, 1328-79, es solo y exclusivamente para las operaciones de GIROS con destino a esta Administración.

Toda clase de correspondencia, así de Redacción como de Administración, debe dirigirse a 4, rue Belfort, TOULOUSE (Hte.-Gne)

CAUSAS Y EFECTOS EN LA CRISIS DEL SOCIALISMO

la simpatía, en gran parte nominal, de las masas proletarias organizadas, con buena voluntad, pero poco penetradas de ideas. El error común a las cuatro grandes categorías de esfuerzo socialista—parlamentarismo, reformismo social, insurrección individual y colectiva, aspiración sindicalista—me parece ser el de poner en acción fuerzas muy poco desarrolladas—electores, obreros organizados—o bien contar en exceso con la adhesión de aquellas masas: el pueblo que se insurrecciona, los sindicatos que se llegan hasta las últimas consecuencias, huelga general revolucionaria.

En realidad se ponen en juego masas desconocidas poco conscientes, a las cuales es difícil persuadir de que hagan cosa distinta que votar, cotizar, comprar ciertas publicaciones, etc. Los que están convencidos por la propaganda educativa, los que tienen personalidad propia como rebeldes y estudiosos, constituyen una minoría. Nosotros mismos estamos juntos a formas nuevas, que bienvenidas sean, pero nos encontramos con que tales formas nuevas se ven tan aisladas como nosotros mismos frente a esa multitud anónima, evasiva, cambiante y caprichosa que es la masa popular, la cual contiene un contingente de elementos negativos que existen innegablemente en eviden-

cia. Hay en aquellos cuatro métodos, en todos ellos, una imperfección que saita a la vista. Si el pueblo no sigue a los revolucionarios, tampoco sigue a los reformistas. Vuelve la espalda a todos si cree ver un núcleo más prometedor y aprovechable. Todavía no piensa en obrar por sí mismo. Los enciclopedistas del siglo XVIII pensaron por él; los hombres de la revolución francesa lucharon y murieron por él. Se guillotino a Babeuf, que era un amigo del pueblo; murió Marat, otro amigo del pueblo; sin embargo, el pueblo saludó a Bonaparte que lo condujo al matadero. Siguen luchando por el pueblo los liberales de 1814 a 1848, pero los millones de almas que cuentan para los acontecimientos, votan a Luis Bonaparte y ayudan a crear el enorme imperio francés.

Por doquier, las masas populares soportan el fascismo; ni siquiera se mueven cuando en Rusia se les impone la servidumbre más honerosa llamada «comunismo». Estas masas conformadas fueron las que hicieron la guerra mundial, y, además de hacer la guerra, preparan tranquilamente la posibilidad de nuevas guerras mediante trabajos de índole militar. Y además de todo esto, apenas se ha visto una iniciativa generosa en las masas ni es proba-

ble que éstas la siguieran en caso de existir. En cambio, sería sumamente fácil lanzarlas a las guerras de botín, a «programos» o manzanas de judíos en el interior de las cuadrículas políticas de los Estados. Sería sumamente fácil contar con las masas para conseguir botín territorial.

El porvenir del socialismo no puede confiarse a esas mismas masas, herederas de las que en extensas épocas carecieron de progreso y que después de siglo y medio no han podido alcanzar el nivel deseable ni conquistar el tiempo perdido.

Hicieron sin duda lo que pudieron. Un número incalculable de elementos socialistas salieron del seno de aquella masa. Pero creer que el resto, o sea la inmensa mayoría, se incline hacia el socialismo, es un error grave. Así lo pienso yo al menos. Los hechos de la vida práctica demuestran que aquella inmensa mayoría es, en mucha proporción, refractaria al socialismo y que sólo se adherirá a él cuando consiga una victoria deslumbrante. Es indudable que la apetencia social se despertó en la masa, pero el Estado y la corporación forzada, el botín a costa de los que son más débiles, constituye todavía su horizonte social.

Esto se ve no sólo en los países dominados por el fascismo, sino también en Francia, donde las li-

gas reaccionarias ganan terreno como lo ganan en otras latitudes. Para los rezagados en el aspecto social, la generosidad es todavía una tierra incógnita. Son envidiosos y codiciosos se someten a los más fuertes y se sienten felices cuando dominan a los que están por debajo de ellos.

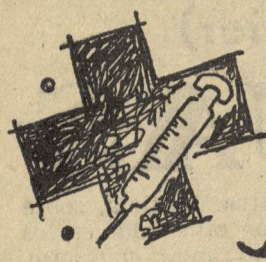
Es muy posible que si los socialistas se hubieran dedicado permanentemente a una obra de educación más directa en un espacio de tiempo de más de un siglo, estarían más seguros y consolidados en la vida moderna, mucho más de lo que estaban en 1914 y 1917. La guerra y el comunismo dictatorial pudieron tal vez ser evitados con la actividad permanente socialista. Las masas no hubieran vuelto a caer en la esclavitud intelectual y social de hoy, esclavitud que les conduce a los siglos pasados, quedando al margen de la civilización moderna.

Puesto que el daño se produjo, ¿será necesario eternizarlo? ¿No se verá el mal camino? ¿No podrá apreciarse que se construyó sobre arena movediza?

Sólo existen hoy dos tendencias, diametralmente opuestas: tendencia autoritaria o antisocial, dominadora y codiciosa, productora de la esclavitud y tendencia libertaria social, que representa libertad, solidaridad y generosidad.

Ruta

órganos de la F. I. J. L. en Francia



Divulgaciones medico sanitarias

Por el Dr. Pujol

Preguntas y respuestas

PREGUNTA.—A consecuencia de una fractura de codo y raio en el tercio superior del antebrazo izquierdo, suro de una atrofia muscular del mismo, que aun siendo ugera, me limita bastante los movimientos de la muñeca. ¿Es que tu crees que con corrientes u otro tratamiento podria llegar a vencer esta atrofia que es casi insignificante?—T. de la Grolle (Charente).

RESPUESTA.—La limitación de los movimientos de pronación y supinación mas que la atrofia muscular se deben a la anquilosis que probablemente existe de la articulación radio superior. Si no tienes mas molestias que esta limitación o sea, si no tienes dolores intensos que prueben que algún nervio ha sido preso en el callo de consolidación de la fractura, te aconsejo no dejarte intervenir, pues es muy problemático el resultado. Sólo si se da la segunda circunstancia sería aconsejable la intervención para la liberación del nervio y suprimir los dolores.

No creo que en tu caso fueran eficaces las corrientes eléctricas.

PREGUNTA.—Hace dos años, aproximadamente, que tengo una picazón por el cuerpo que por las noches no me deja dormir y que me obliga a rascarme continuamente. Visitado por varios médicos me han asegurado de que no se trata de sarna, pero cuantos tratamientos a base de pomadas me han preconizado, han fracasado. ¿Qué me aconsejas hacer?—A. G. (Montreuil).

RESPUESTA.—Ante todo, debes seguir un régimen alimenticio riguroso a base de verduras, frutas al natural o en compota, absteniéndote de comer carnes, pescado de color, fiambres, alcohol, café, etc. Procura por todos los medios la regularidad de las deposiciones. Como medicamentos harás la cura siguiente: diez inyecciones intravenosas de Hiposulphen. Las dos primeras, diarias; las ocho restantes alternas. Ocho días de descanso y repetir la cura y así sucesivamente hasta un total de tres curas. Al mismo tiempo, tomarás cuatro comprimidos por día de Emge Lumière, sin masticar. No hace falta observar con este medicamento el descanso que te preconizo en el anterior.

PREGUNTA.—Desde hace tiempo y casi a diario, tengo por las noches durante el sueño pérdidas seminales, encontrándome a consecuencia de ello sumamente decaído y nervioso. ¿Qué me recomiendas para evitarlo? ¿Existe algún calmante que no perjudique la salud?—M. G. (Marselle).

RESPUESTA.—No te aconsejo el abstencionismo absoluto. De seguirlo se malogrará el tratamiento que a continuación te indico.

Durante diez días seguidos debes darte todas las noches, antes de acostarte, una ducha de agua fría localizada exclusivamente a lo largo de la columna vertebral, de quince segundos de duración y aumentándola cada día hasta la máxima de dos minutos. Si tienes dificultades para la ducha, aplicaciones frías con una esponja, trapo, etc. Como medicamento tomarás el Sedobrol (cubos) tres comprimidos al día antes de las comidas, disueltos en la sopa en la que te guardarás de poner sal. Cada semana, por vía bucal, tomarás una ampolla de Sterogil 15. Procura comer poco por la noche y no acostarte demasiado pronto. Elimina de tus comidas todos los picantes, alcohol, café, etc.

PREGUNTA.—Desde hace tiempo, vengo sufriendo con frecuencia, de intensas crisis dolorosas que se inician en la región gástrica, irradiándose hacia el lado derecho y hacia la espalda, hasta la punta de la paletilla. Durante las crisis y aun a veces fuera de ellas, suelo tener vómitos y muy mal sabor de boca. ¿Pueden ser originados estos trastornos por

una enfermedad del hígado? ¿Qué puedo hacer para que me desaparezcan?—F. C. Pareiloup (Aveyron)

RESPUESTA.—Probablemente, todos estos trastornos son debidos a una coe-cistitis, o sea, una inflamación de la vejiga y de las vias biliares. No es prudente aconsejar ningún tratamiento sin previo examen. De ser posible el desplazarte a ésta, podríamos formular un criterio exacto y orientarte eficazmente.

PREGUNTA.—Desde hace dos años suro de dolor de costado, localizandose de forma irregular en ambos lados. Hace un año sufri una pleuresia derecha de la que no estoy completamente recuperada. Me aplicaron la penicilina, con la que mejoré bastante, pero desde hace dos meses, vuelven a molestarme los dolores. La radioescopia no reveló nada anormal en los pulmones. He sido tratada con calcio. ¿Podrán estos dolores ser ocasionados por un estreñimiento crónico que padezco? Si no es ésta la causa, ¿cuál puede ser y qué debo hacer?—J. Rivezas.

RESPUESTA.—Las pleuresias dejan siempre como secuela de las mismas, engrasamientos pleurales, que producen trastornos dolorosos durante mucho tiempo. Para atenuarlo, es aconsejable someter a calor constante la parte afectada, ya con bolsas de agua caliente o bien por medio de una esterilla eléctrica. Continuar el calcio y tomar cada semana una ampolla de Vitamina D fuerte; Sterogil 15. Combatir el estreñimiento por un régimen a base de compotas o mermeladas de fruta.

El hombre y la personalidad

Es común oír, de parte de los que ostentan el poder, pedidos o exigencias de obediencia a las leyes, pues, según ellos, y no mientan, la seguridad de las organizaciones constituidas, en este caso el Estado, estriba en esto.

¿Qué importa a los sátrapas burocratas que en esto vaya implícita la pérdida de la personalidad del hombre!

Pero la equivocada sumisión del ser, hace factible este deseo. Y si hoy la sociedad a pesar del avance técnico y científico, permanece en esta situación vegetativa, es por la falta del hombre con personalidad.

En esta sociedad dirigida por una infima minoría de seres, el hombre-individuo ha sido reducido a la condición de masa. No se quiere reconocer el hombre, los derechos que como individuo con personalidad tiene para reír su destino abandonando su función social, que podría ser como personal, creadora y vasta. Mas los que detentan la conducción de las masas, no se duermen y saben que cada nueva partícula irá a fortalecer a la masa usufructuada.

La predicación y el ejemplo del anarquismo es constante en esto: no será posible llegar a una sociedad basada en el apoyo mutuo, si antes no realiza una pequeña mayoría de hombres con personalidad, la Revolución Social.

Hoy se habla de pueblos, aunque en realidad debería hablarse de masas, pues sólo éstas poseen la maleabilidad y condiciones psíquicas necesarias, para realizar las barbaridades que realiza y aceptar la esclavitud que se le impone.

Cuando la cultura humana destruya las masas nacerán como fuente prometedora millones de hombres, de personas, que han de ser la base de la nueva sociedad libre, y mientras llega esto, debemos hacer uso de la responsabilidad en el lugar de trabajo, en la calle, en el hogar.

En el hogar, porque es la familia la célula orgánica de la sociedad; porque constituye un ejemplo magnífico de actividad solidaria; porque es el espejo de lo que debe ser en grande, ampliado a todos los pueblos y a toda la faz de la tierra, la norma de convivencia, de desinterés, de laboriosidad, de acuerdo y de apoyo mutuo que la humanidad necesita para ser libre y gozar del disfrute de la vida.

Un lacayo con librea interrumpió discretamente en su siesta al gallardo y peliblanco Ramón Serrano Suñer.

—Señor, dos caballeros esperan en la sala. Desean tratar con usted cierto asunto importantísimo. El ex ministro de Estado y ex heredero forzoso de su cuñado Franco, se incorporó pesadamente de su butacón de terciopelo rojo. Compuso su corbata de seda gris y vagó hacia su estudio para atender a la inesperada visita.

Con semblante solemne, vestidos de traje azul obscuro y corbata blanca, dos personajes se inclinaron fríamente para sentarse. Uno de ellos, como si echara mano a la empuñadura de la espada, sacó del bolsillo izquierdo un libro forrado de azul con brillante y amarrado título: «Misión de prensa en España», por Armando Cervera.

—¿Conoce usted este libro?—dijo el interlocutor con aire de amenaza.

Serrano palideció.

—¿Cómo es que está aquí ese libro?—dijo tartamudeando.—¿Cuál es la misión de la censura en España?

—En este libro—continuó diciendo el ceñudo inquisidor—se insertan algunas columnas de usted acerca de un amigo nuestro.

—De ustedes y mio—interrumpió Suñer.

—Nuestro amigo Sancho Dávila—dijo el fiscal—nos envía para saber si se retracta o afirma usted lo dicho al periodista. Tiene veinticuatro horas de tiempo para tomar una decisión.

Serrano se amansó otra vez: —Esperen; ya saben ustedes lo que son los periodistas... Se trata de un concepto falso. No tuve la menor intención de ofender a



¿LANCE DE HONOR U HONOR DE LANCE? Ola de humorismo en la Gran Bretaña

nuestro común amigo Sancho... Los torvos visitantes saludaron meramente y le volvieron la espalda. Y en la puerta volvieron a repetir.

—Recuerde; concedemos a usted veinticuatro horas.

Al poco rato todo Madrid comentaba la inminencia del lance de honor. El libro motivo del incidente era devorado por cierta clase de lectores. Aunque prohibido en España, se compraba en el mercado negro a quinientas pesetas (20 dólares). El precio era exorbitante, pero remunerativo.

Serrano había confiado al autor del libro ciertos datos delicados. Se trata de unas manifestaciones del Führer Hitler sobre el capi-

toste falangista Sancho Dávila. Este es uno de los más destacados energúmenos de Falange. Es del dominio público que en cierta ocasión asesinó a dos rivales de partido por una simple disputa política. Serrano Suñer y Sancho Dávila eran compañeros de feudo en la dirección de la Falange.

Las palabras puestas en boca del Führer son éstas: «Sancho Dávila es la estupidez personificada y el idiota más grande que ha puesto sus patas en mi cuartel general.

Mucho antes de expirar el airado ultimátum, Serrano Suñer escribía a Sancho de su puño y letra, una carta humillante de desagravio. En uno de los párrafos

le decía: «Le reitero mi más profunda estima como fundador de Falange y como hombre».

Satisfecho el honor, quedó descartado el duelo. Los duelos entre feroces falangistas son como todos los duelos. Sancho Dávila se creyó obligado a declarar públicamente:

—Serrano habla demasiado. Si vuelve a darme otro pisotón no le enviaré a mis padrinos; iré personalmente a verle.

A pesar de las dificultades de la época, el humor inglés —: mantiene su prestigio —:

En la Cámara de los Comunes se produjo recientemente uno de

los debates más fofosos de todos los tiempos.

Una de las tradiciones británicas permite que puedan ser sometidos al Parlamento proyectos de legislación por personas particulares sin respaldo de ningún partido político. Esta tradición fue suspendida en 1939 con motivo de la guerra. Pero el gobierno laborista tuvo a bien restaurar la tradición recientemente, dando lugar a escenas de hilaridad un tanto chocantes con la solemnidad inglesa.

El Dr. Mont Follick presentó a la Cámara un proyecto de ley encaminado a reformar la pronunciación inglesa—reñida, como es sabido—con las leyes de la fonética. Era el suyo un sistema racional de pronunciación al que había dedicado gran parte de sus 62 años de edad.

Follick hizo exposición de su sistema mediante un documentado discurso, el cual fué rebatido por el ministro de Educación Nacional y por sir Allan Herbert. Este dijo lo siguiente:

—La verdadera función de la palabra hablada o escrita consiste en dar a entender su significado al mayor número de gente posible. Tomemos por ejemplo la palabra «water» (agua). Personalmente, yo pronuncio «wörter». El doctor Follick propone que se pronuncie «wooter». El vulgo londinense elimina la T y pronuncia «wa'er». Nuestros escoceses pronuncian... ¿Hay algún escocés en la Cámara para poder ilustrarnos? Mr. Rankin, un socialista de Glasgow, se levantó inmediatamente:

—Si; los escoceses pronunciamos «whisky».

VELADAS JUAN JACOBO ROUSSEAU

—Y Juan Jacobo Rousseau? Una pregunta y un nombre, es suficiente, para que nuestra amiga Leone los repita como un eco: «Juan Jacobo... Juan Jacobo...» y se ponga a deshilvanar con la aguja de la memoria... Si. Una de sus admiradoras escribió una novela hace ya años que empieza preguntando: «¿Dónde va Juan Jacobo?» Y, cuando se ha leído la mencionada novela y se ha estudiado la obra de Rousseau, se le puede contestar a su admiradora: Juan Jacobo no va a ninguna parte. Juan Jacobo huye, huye siempre... Huye del trabajo, de Génova, de su familia.

En su huida tropieza con el cura de Confignon, al que según R. Mayer vendió su conciencia por algunos luis. Quizás exagera Mayer cuando en esa fecha, 17-28, cuenta solamente 17 años. En fin, sea...

seguirlo en su huida? Conoce hombres de negocios y de letras con los que contiene seguidamente después de conocerlos; se disputa con unos para conocer a otros y volver a contender... Con las únicas dos personas que se entiende es con Madame de Warens, su protectora, y con Teresa Levasseur, su compañera.

Los perros de su carácter le muerden continuamente los talones.

Divorciado con la sociedad, y en los brazos de hierro de la misantropía, se aleja de París a pie hacia Chanvery, entregándose a la naturaleza para beber voluptuosamente en ésta y de ésta hasta las heces de la copa eterna.

Viajaba despacio, pasando horas enteras a orillas de un precipicio, o contemplando la espuma del agua, acostándose a la belle étoile, durmiendo tendido sobre la tierra o sobre un banco, tranquilamente, como en cama de rosas—nos dice él mismo.

De ahí su obra, su buena obra. Rousseau es el pintor de la naturaleza que mojó su pluma en las gotas de rocío.

En «Reveries du Promeneur Solitaire», en la «Nouvelle Héloïse» y en sus «Confesiones» nos da pruebas de lo que es capaz el gran pintor que pinta paisajes vistos con precisión determinada, y un color de artista enamorado de la realidad. Pero aun ahí nos da la impresión de que huye. Sus «Confesiones» junto con sus «Reveries» parecen hechas para consolidar su base, limpiar malezas y enjabelgar su fachada. Son algo así como un quita manchas... En sus «Diálogos»—donde se juzga él mismo—nos hace oír, observar una escandalosa cascada literaria para camuflar el ruido de los pa-

ños de «Jean Jacques»; pero Juan Jacobo no pasa desapercibido. Cien plumas tenidas por cien hombres se lanzan contra él... y los pueblos; la misma «Jacquerie» le apedrea.

Apoyándose en Locke, el de los «Ensayos filosóficos del entendimiento», saca material para construir su «Emile»; pero en éste aconseja recurrir a la fuerza para asegurar la ejecución del Bien—del bien a su manera—sin observar la máxima tan repetida por Locke: «No hagas al prójimo lo que no quieras que te hagan a ti». (¿No huyó él de la relojería donde trabajaba por la dureza de Ducommun?) Emile tuvo una influencia feliz en la sociedad de los siglos XVIII y XIX, a pesar de la joroba del doctor que, aconsejando la educación e inspirando amor paternal, echó sus hijos al hospicio.

En «El contrato social», si lo vemos por el juicio de Jules Lemaitre, no encontraremos más que incoherencia y obscuridad. «Si J. Jacobo—nos dice Lemaitre—ese hombre de temperamento anárquico, nos propone un estatismo exorbitante es para contradecir a Montesquieu y enojar «Le Petit Conseil». Desde luego, Rousseau es un destracado, por eso se encuentran en su «Contrato» muchas trazas de un espíritu enfermo que no repara en la contradicción. A lo que contesta Lemaitre: «Injurias no son razones». Jotbert lo juzga de otra manera. Alfred de Vigny, de otra, y otros, de otra. Por eso vamos a leer el «Contrato».

—Ya lo conozco, Leone... —Mejor. Así lo veremos por la ventana de nuestro juicio, repuso nuestra amiga, afirmando seguidamente: el «Contrato» es el «Ma-

nifiesto» del siglo XVIII. Veamos la influencia del «Contrato». Nueve años después de la muerte de Rousseau se produce la toma de la Bastilla. El libro ya está en to- (Pasa a la segunda).

La palabra «vencer» debiera ser borrada del vocabulario; de todos los vocabularios del mundo. No se vence nunca; se convence o no se convence.

Los dioses de la guerra, los caballeros de pica en blanco y los sacerdotes fanáticos, se dieron por satisfechos aplastando por las armas.

Los siniestros personajes de Terror creyeron deshecho, aplastado, aniquilado y aventadas las cenizas de su odiado adversario.

Toda causa que tiene por única compañera la violencia de las armas, el fanatismo y la intolerancia, es una causa perdida de antemano.

La violencia incita a la violencia por reacción. La violencia por reacción se cree asistida por un derecho infalible; no teme al exceso ni siente el remordimiento.

A través del torbellino de la historia todos nos creemos agredidos; es difícil convencer al agresor de que lo es.

El verdadero revolucionario no cree en la virtud milagrosa de la violencia; recurre a ella por accidente o en defensa propia.

Los desafueros de la autoridad no han logrado aniquilar el espíritu de rebeldía, abonando en cambio el campo de la venganza.

Las revoluciones sin ideas, sin indicios de un estado de mentalidad superior, sólo consiguen sofisticar y enardecer a la reacción.

La sola fuerza bruta es sólo capaz de extender y perpetuar la violencia; sólo las victorias del espíritu son victorias permanentes.

Las ideas, los sentimientos, las obras opuestas a las obras, sin presunciones, sin sotismas, desprovistas del deseo de vencer y de humillar, es lo único capaz de abrir surcos profundos en el espíritu del hombre.

Nadie conseguirá por la fuerza lo que no sea capaz de conquistar por influencia comunicativa de sus sentimientos y por la lógica irrefutable de su verdadero talento.—X.

Moral anarquista

El anarquismo es una actitud moral bien delineada. Si no lo comprende así, el anarquista se perderá en el caos de las contradicciones y menguará el alcance proselitista de su acción. Ningún argumento suscita tanta simpatía como la persuasión experimentada de los actos. Los hechos son la proyección necesaria y simultánea de las palabras, como éstas responden a la necesidad de expresar sentimientos o ideas. Pero los actos tienen el doble valor de la demostración y el ejemplo. No se puede sostener que el hombre no es ingenuamente malo si no se hace nada por sacarlo de la ruindad, empezando por liberarse uno mismo.

La sociedad ha ido vaciando de su substancia todas las fórmulas éticas que hubieran podido mejorar moralmente la especie. El cristianismo se ha evaporado de los ámbitos fríos de las catedrales; los códigos carecen de prestigio para contener el asalto de la corrupción, que invade todas las relaciones sociales de ahora.

El anarquismo es, ante todo, una actitud moral, una tendencia humana hacia la superación de las condiciones sociales e individuales de la especie. El anarquista, viviente encarnación de esa tendencia, ha de estar a la altura de su misión y ser una expresión permanente de su textura ética superior.

Para el anarquista, la moral es la palanca de Arquímedes con la que moverá el mundo. Ha de saber que ninguna fuerza impulsa tanto al hombre como el ejemplo asequible. Si el mundo ha de ser mejor, el hombre ha de ser mejor. Y si el anarquista ha de ser el reflejo de esta aspiración, su condición humana debe elevarlo a la situación de guía.

El anarquista ha de ser un estímulo y una realidad viva de la Anarquía. El poder de transfiguración de los ideales se mide por sus efectos sobre los hombres. Si el anarquista no vive íntegramente penetrado por la magnitud ética de su ideal, su anarquismo es una empresa frustrada de antemano.

JULIO MONTANÉS.

El chiste del día surgió en un banquete celebrado en Londres por los Coach and Harness Makers bajo la presidencia del alcalde de Lord Frodohrieg. Contó éste, de sobremesa, la anécdota de cierta ama de casa que reprochaba a su carnicero por haber encontrado pedazos de caucho en el embutido.

—Señora—dijo el «butcher» con aplomo—, debe usted tener en cuenta de que el coche a motor ha reemplazado al caballo en la mayor parte del mundo.

El «Daily Herald» de Londres, en su edición del 9 de marzo publicaba el siguiente parte meteorológico: «Persiste el tiempo frío procedente de Rusia.»

Un Club de noche fué clausurado en Londres bajo acusación de que se practicaban en el recinto una serie de inmoralidades. El propietario fué citado recientemente a la corte del Bow Street, quien intentó defenderse desmintiendo los cargos de la policía.

—Puedo citar a más de noventa testigos en mi favor, incluyendo catorce miembros del Parlamento y un miembro de la familia real.

Miscelánea de chistes
: : : menores : : :

El Dr. Mont Follick presentó a la Cámara un proyecto de ley encaminado a reformar la pronunciación inglesa—reñida, como es sabido—con las leyes de la fonética. Era el suyo un sistema racional de pronunciación al que había dedicado gran parte de sus 62 años de edad.

Follick hizo exposición de su sistema mediante un documentado discurso, el cual fué rebatido por el ministro de Educación Nacional y por sir Allan Herbert. Este dijo lo siguiente:

—La verdadera función de la palabra hablada o escrita consiste en dar a entender su significado al mayor número de gente posible. Tomemos por ejemplo la palabra «water» (agua). Personalmente, yo pronuncio «wörter». El doctor Follick propone que se pronuncie «wooter». El vulgo londinense elimina la T y pronuncia «wa'er». Nuestros escoceses pronuncian... ¿Hay algún escocés en la Cámara para poder ilustrarnos? Mr. Rankin, un socialista de Glasgow, se levantó inmediatamente:

—Si; los escoceses pronunciamos «whisky».